pasan y mueren sin dejar una huella tantas generaciones, se han levantado los hombres que más han honrado con sus obras al género humano. Homero, que separa a Grecia del Oriente, es un mendigo que va de choza en choza, de cabaña en cabaña, pidiendo una limosna que sostenga su cántico; Xenóphanes, el gran filósofo que separó por vez primera el espíritu de la naturaleza, es un soldado sin más patrimonio que su lira y su espada; Sócrates, el justo Sócrates que dió conocimiento de sí mismo a la conciencia, era hijo de un artista; Terencio, el más gran poeta cómico de Roma, fué esclavo; Horacio, el más gran lírico, liberto; y Virgilio, el más gran épico, labrador nacido en las cabañas, entre pastores, bajo los sáuces, oyendo el mugir de los bueyes, el balar de las ovejas; los tres genios más profundos de la literatura moderna, Shakespeare, Cervantes y Moliére, pobres eran también, pues Shakespeare fué palafrenero y no lord. Cervantes soldado y no rey, y Moliére un cómico, a quien negaba hasta la sepultura la barbarie de su gran siglo; pero ¿qué mucho? hasta el mismo Divino Mártir que os ha redimido, eterno modelo de perfección moral y religiosa que adorará mientras tenga conciencia el género humano, Jesucristo, nació en un establo, llamó padre a un artesano, vivió la vida

del pobre, buscó por apóstoles pescadores, diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si hubiera querido que, así como su muerte redimió del error el alma, su vida redimiera del envilecimiento el trabajo. (*Ruidosos y prolongados aplausos que interrumpen por algún tiempo al orador*).

Señores: Las inmerecidas muestras de entusiasmo con que recibís mis palabras, me han distraído un momento, y después de daros gracias, vuelvo a seguir el hilo de mi discurso. No basta con la educación moral y con la educación religiosa. Es necesario educar al pueblo también para la vida política. Si estudías al hombre, no podeis desconocer en él una noble naturaleza, individual y social. Dos ideas han prevalecido; igualmente funestas, dos ideas que deben combatirse en toda buena educación política. La primera es la idea de que el hombre puede ser libre fuera de la sociedad; la segunda es la idea de que el hombre no debe ser libre para vivir en sociedad. Señores: la sociedad es tan necesaria al hombre, como el espacio al cuerpo, como la inteligencia la idea, como la atmósfera a nuestra vida. El hombre, lejos de ser libre fuera de la sociedad, sería esclavo de la materia bruta, la más dura, la más deshonrosa de todas las esclavitudes. La sociedad es un ser real, con vida propia, con

leyes propias; un ser tan real, tan verdadero como el hombre. Por eso donde quiera que el hombre se aparta de la sociedad, se entrega al dominio de las fuerzas ciegas de la materia, que lo sojuzgan y lo tiranizan. Mirad esos hermosos territorios, donde vive el indio a su capricho, donde no ha entrado la fuerza social y vereis que la naturaleza es bella como una serpiente, pero como una serpiente traidora y venenosa. Los grandes árboles entrelazan sus ramas y defienden sus frutos de la mano del hombre con la coraza de sus zarzas y de las plantas parásitas; el polvo oculta ponzoñosos insectos; las flores y las hojas reptiles; los huecos de los peñascos fieras; el terremoto azota una tierra no domada; el volcán abre por doquier sus fáuces; los lagos se corrompen con su inmovilidad y emponzoñan los aires, y el hombre muere en brazos de tan hermosa madre, porque falta el trabajo asociado, el trabajo social, que es la condensación de nuestro espiritu sobre la tierra. (*Aplausos*). Por eso me atrevo, señores, a recordaros vuestros grandes deberes sociales, el respeto que estáis obligados a guardar a las leyes y a las instituciones que representan la sociedad. Mas al propio tiempo, no creáis que la sociedad os exige para vivir en su regazo el sacrificio de vuestros derechos. La sociedad no quiere, no puede querer la

muerte de sus hijos. Pedir que niegue un derecho, sería tan insensato como pedir a una madre que para ser buena madre mutile a su hijo al salir de sus entrañas. (*Aplausos.*) Señores: debéis pedir en todo tiempo lo que es esencia de nuestro ser, ley de nuestra naturaleza, alma de nuestra alma; la libertad, sí, la libertad, que es una como nuestro pensamiento, que reside en todas nuestras facultades, que dirige los movimientos de nuestro cuerpo, que es nuestro título de soberanía sobre la naturaleza; la libertad de vuestra personalidad, porque sin ella desciende el hombre a la miserable condición del bruto; la libertad y seguridad de vuestro hogar, para que no sea profanado el paraiso de la vida, la familia; la libertad de vuestra conciencia, porque la oración más propicia a Dios es la oración que se levanta del alma, y no la palabra que modulan descuidadamente los labios, porque Dios ve hasta el fondo de nuestro ser; la libertad política, sin la cual es imposible la vida social; santa libertad, en cuyas aras se han sacrificado todos los héroes; santa libertad, que explica todo el movimiento de la historia; santa libertad, que buscarán instintivamente todos los esclavos, como la planta nacida en los abismos busca la luz y el aire, pues sin ella puede asegurarse que no vive, que no es nuestra armónica naturaleza. (*Estrepitosos aplausos*

Pero además de la educacion moral, de la educación social, debe recibir el trabajador la educación propia para conocer las leyes generales del trabajo. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo. Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarre el corazón. Señores: la historia moderna, compasiva, profundamente humanitaria como toda la ciencia, ha sostenido siempre el principio de que la civilización de los Estados no se mide por la felicidad de sus aristocracias, por la grandeza de sus poderes, por el brillo de sus ejércitos, sino por las condiciones morales y materiales en que vive el pueblo; y cuando en su constante anhelo de conocer la vida pasada para explicar la vida presente, ha buscado los huesos y las cenizas de las generaciones que fueron, ha sondeado los abismos de las edades, ha oído un sollozo profundo, amarguísimo, un grito de dolor que se extiende como una maldición de siglo en siglo, de generaciones en generaciones; y es el grito del trabajador, errante, desnudo, hambriento por los bosques; amenazado por la caza como las fieras; arrastrado al ara del sacrificio, y allí herido, degollado para ofrecer holocaustos a los dioses; confundido en un mar de sangre con el toro, con el cordero de las fiestas sáceas sobre los altares de Babilonia; encerrado

en las entrañas de la tierra para buscar el oro de Ophir, mientras el hierro pesa sobre sus espaldas; hecho despojo del soldado, y presa del pirata; vendido por algunas *minas* en públicos mercados a menos precio que el buey del campo y el caballo de guerra; pobre ilota, que lleva la cabeza cubierta con una piel de perro para mayor escarnio, el cuerpo mal oculto entre vestiduras de fieras y el rostro herido por el látigo; mísero esclavo que es degradado hasta en su alma, hasta en su conciencia, pues su señor, en las últimas agonías del imperio romano, lo busca, no para la guerra, no para el trabajo, si no para sus infames y vergonzosos vicios; eterna víctima en cuyo favor se mueve en vano la guerra servil, sobre cuya frente en vano cae la sangre divina de la redención religiosa, pues los apóstoles del nuevo mundo que redimen su alma, no pueden romper sus cadenas; y el bárbaro pasa a su lado y lo ata a su carro nómada; y el señor lo clava como un hierro a los terrenos alodiales y a la propiedad sálica; y el mismo abad que le dice en la iglesia que todos los hombres somos iguales ante Dios, lo compra y lo vende en el mercado que se celebra a la puerta del convento; y pasan ocho siglos de civilización moderna, y no se alivia del peso de sus cadenas, hasta que asoma el primer reflejo del pueblo, el mu-

nicipio; y pasan diez siglos más, y no es civilmente igual a sus semejantes hasta ese gran día del juicio de Dios sobre los antiguos poderes, hasta esa gran tempestad de la revolución de 1789, que grabó el derecho indeleblemente en nuestra conciencia, y dijo al señor y al esclavo que todos son iguales delante de la sociedad y de las leyes porque todos son hombres. (*Vivos y redoblados aplausos*).

He querido recordaros, señores, la triste historia de la esclavitud, para que comprendáis que el progreso consiste en que el trabajo sea propiedad del trabajador y no del Estado; pues en la esfera social como en la esfera política, como en la esfera económica, el acrecentamiento de la personalidad humana es el fin del progreso. Esta ley os tendrá prevenidos contra la influencia del comunismo, que yo juzgo deletérea, y que no es más que la reproducción de la antigua servidumbre. Pues una de dos, o el comunismo no ha de cumplir sus promesas, o ha menester organizar un estado fuerte, poderoso, que sea bastante a señalar desde el pensamiento común hasta el trabajo común, y desde la religión de todos hasta el alimento de todos. (*Bien, bien*). Señores, en una sociedad así organizada, donde la propiedad es del Estado, donde la ciencia es del Estado,

donde la religión es del Estado, donde el Estado señala desde el vestido hasta el alimento, muerta la actitud individual, que es el móvil de las grandes empresas; ahogada la protesta contra lo presente, que es el ideal del progreso para lo porvenir; rota esa variedad infinita de caracteres, de inclinaciones, de aptitudes, que es la ley de la vida; destrozada la familia en ese caos de amores, trasladada la primera educación del alma, de la madre, ese angel del cielo, destinado a descubrirnos los horizontes de la vida, a los rigores de la disciplina de un maestro sin entrañas; organizado todo, y por consiguiente destruida la libertad, tan necesaria a la vida como el rocío al campo, como el viento a los mares, vendría bien pronto la ignorancia de todos, la miseria de todos, y la inmovilidad, que, paralizando los movimientos del espíritu y por consiguiente el progreso, reducirían esa sociedad a ruinas, como sus antiguos modelos, Esparta, y las sociedades esenias y moravas; eterno testimonio de la impotencia del comunismo, que no deja ni huellas de si sobre la tierra, que emponzoña con su aliento la naturaleza, pues al matar la actividad del espíritu, de la misma muerte mata al hombre. (*Ruidosos aplausos*).

Pedid, señores, pedid las dos grandes ideas de

los tiempos modernos, la libertad de trabajo y la libertad de asociación. El glorioso movimiento de nuestro siglo ha destruido las grandes tiranías que pesaban sobre el trabajo, el *jurandum*, o impedimento de trabajar; la córvea, o el trabajo para otro; la tasa, o sea el límite ficticio del trabajo el gremio, o sea el trabajo privilegiado; la creación de oficios, o sea el trabajo explotado por el poder; pero no se ha concluído aún esta grande obra de libertad, pues el trabajador está expuesto a morirse de hambre en el día de una crisis o de la suspensión del trabajo por accidentes imprevistos o por perturbaciones de las leyes económicas; expuesto a no tener auxilio ni lecho en el día de las enfermedades a que está sujeta nuestra débil naturaleza, expuesto, después de haber consumido toda su vida en el trabajo y todas sus fuerzas en el taller, a no encontrar un báculo a su ancianidad, a morirse tal vez por causa de los servicios mismos que ha prestado a los hombres; males gravísimos, inmensos, que en vano pretenderíamos desconocer y ocultar, y que solo pueden remediarse por la asociación libre y voluntaria, que centuplica las fuerzas del trabajo, que socorre al trabajador en sus necesidades, que vela al lado del lecho del dolor, que le ampara en una crisis, que es su providencia, pues le protege contra la

idea de un porvenir incierto, y le asegura contra el temor al desamparo y la muerte por la miseria y el hambre; remedio tanto más grato, cuanto que está en la vida del trabajo y en las fuerzas y los derechos del trabajador. (*Aplausos*).

Señores: Jesus decía: buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura. Y yo, a semejanza del Divino Maestro, os digo: buscad la libertad y la justicia, que la libertad y la justicia armonizarán en sus verdaderas leyes el capital y el trabajo. (*Aplausos.*) Suele decirse que nuestro pueblo es presa del materialismo. Si algún pueblo ha dado muestras de desinterés, de frugalidad, de preferir la libertad y la justicia a los intereses y medros de un día, es el pueblo español, que se distingue por su moralidad, por su generoso carácter y hasta por su despego a los bienes de la tierra y su amor a todo lo espiritual, a todo lo grande, a todo lo sublime. Los que dicen que el pueblo español está consagrado al culto del materialismo, son los sofistas, que han exigido dinero para ser elector, dinero para ser representante del pueblo, dinero para ser escritor, como si el dinero fuera el pensamiento, la conciencia, el espíritu, la ley desmoralizando así la sociedad entera, que al ver que el derecho está en el oro y no donde Dios lo puso, en el alma, cree que vale más el oro que

la conciencia y que el alma. (*Estrepitosos y repetidos aplausos*). No, señores, no. Lo que más brilla en el mundo, lo que vale más que el oro, más que el talento, más que la gloria, es la virtud. (*Aplausos.*) ¿Qué vale una gran palabra si nace de un corazón corrompido? ¿Qué vale una gran gloria si está manchada de sangre? ¿Qué vale un poder inmenso si ese poder sólo ha acertado a oprimir? La virtud, la virtud brilla con la luz inmortal de los horizontes de la vida. Así, señores, yo no puedo dejar de recomendaros siempre la práctica de todas las virtudes cristianas, como un deber de vuestra vida, como una enseñanza perenne para vuestros hijos. Nada hay más triste que no sentir a Dios en el alma; y no está Dios en el alma corrompida, manchada por el lodo de la tierra. No lo olvidéis tampoco; la nobleza de nuestro tiempo está en el trabajo. Si yo tratara de calificar con una palabra la historia pasada, la llamaría la historia de la guerra; si yo tratara de calificar con una sola palabra la historia por venir, la llamaría la historia del trabajo. (*Bien, bien.*) La historia antigua nos ofrece por do quier cascos que brillan con la siniestra luz de la guerra; escudos que se quiebran; armas que se cruzan movidas por el odio; caballos que relinchan al ronco son de la trompa guerrera;

hogueras que humean en honor de dioses sangrientos; teas encendidas que alumbran siniestramente el camino de la humanidad; gritos de espanto, ayes de moribundos, pueblos desplomados, lloros y sollozos de madres, de esposas que pierden las prendas de su corazón, fuegos fátuos que nacen de la huesa de los cadáveres hacinados en el planeta, que es como inmenso cementerio (*bien, bien*); mas la historia de lo por venir será la historia del globo aerostático que hiende los aires, del barco mágico que explora las entrañas del Océano, de la electricidad aplicada al movimiento, de los cielos descubiertos por nuevos y más penetrantes telescopios, del comercio libre que la navegación más rápida llevará por todas las riberas, del trabajo moral y material, que espiritualizará y hermoseará nuestro globo, devolviéndole los resplandores y la inocencia y la hermosura del primitivo Eden. (*Aplausos*). La grandeza del trabajo anuncia la emancipación de los trabajadores. En ese gran día, señores, no os acordéis de volver mal por mal; no queráisser opresores porque hayáis sido oprimidos; no queráis ser injustos porque hayáis sido víctimas de la injusticia; coged el hacha del verdugo, pero que sea para destruir el cadalso, y luego arrojadla lejos de vosotros, porque una gota de sangre man-

cha para siempre las manos del pueblo y no pueden lavarla ni las lágrimas de cien generaciones; y estrechando contra vuestro corazón a los que os han creído enemigos, llamadles hermanos aunque os hayan llamado siervos; y así añadiréis al esplendor de vuestra libertad y vuestro derecho, el esplendor de vuestro ejemplo y de vuestra historia. (*Vivos y repetidos aplausos*).

He concluído, señores, he concluído. Os he dado consejos con el corazón, y ahora mismo no puedo recapitular y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados a ilustrar esta sociedad, además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debéis aconsejar a vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejéis nunca de infundirles al amor vivo, profundo, a la nación española, a esta tierra sagrada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamándola el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del ibero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres más grandes del imperio romano, cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió, antes que ningún otro pueblo, el genio inquieto de los bárbaros con los restos de la civilización romana; que fué querida y hermoseada por los árabes como el Eden prometido

por su profeta; que, mártir de la civilización universal, contuvo en su pecho las irrupciones de los pueblos bárbaros del Africa, cuyo álito, ardiente como el simoun, hubiera secado el árbol de la civilización europea; que tuvo en Castilla libertades democráticas antes que Italia, y en Aragón libertades constitucionales antes que en Inglaterra; que al finalizar la Edad Media descubrió el camino del Asia, doblando audaz el cabo de las Tormentas con las naves portuguesas, y leyó con el genio de Colón el secreto de Dios en la soledad del Atlántico, dando un nuevo mundo a la tierra; que salvó, mientras Europa se preocupaba con las cuestiones metafísicas y religiosas, el cristianismo y la civilización en las hirvientes aguas de Lepanto; que protestó contra la esclavitud de Polonia, y peleó por los derechos de la primer república que se levantó en América; que enseñó a los pueblos a principios del siglo a derribar en el polvo los conquistadores; tierra sacratísima en que reposan las cenizas de nuestros mayores, y que en el dulce nombre de patria resume todos los amores y todas las ideas de la vida, tierra que nuestros padres amasaron con sangre, y que vosotros debéis fecundar con el rocío del trabajo. He dicho. (*Estrepitosos y repetidos aplausos*).